

Indice

Vida espiritual

- 410 Carta del 26 de noviembre de 2012
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 413 Adviento 2012
« Un camino hacia Cristo y hacia nuestro carisma»
Padre Grégory Gay, Superior general
- 419 Carta del 27 de noviembre de 2012
Padre Grégory Gay, Superior general
- 422 “Un corazón indiviso”: un testimonio profético
Padre Patrick Griffin, Director general
- 434 María en medio de nosotros
“Maestra de vida espiritual” para
las Hijas de la Caridad
Padre Patrick Griffin, Director general

Actualidad de las Provincias

Testimonio de las Hermanas

- 447 Provincia de Japón
Después del tsunami
Sor Janet Nunongami, Hija de la Caridad
- 450 Provincia de Pamplona
Año jubilar Mariano en Peralta
Las Hermanas de Peralta

Historia de la Compañía

De los orígenes y actualidades

- 452 ¿Hacia qué pobres fue San Vicente? ¿Hacia qué pobres nos envía?
Padre Jean Morin, cm

Indice de materias

- 466 Indice de materias

Carta del 26 de noviembre de 2012

Mis queridas Hermanas:

¡Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

Al día siguiente de la Solemnidad de Cristo Rey del Universo, antes de las celebraciones del 27, 28 y 29 de noviembre y de entrar en el tiempo de Adviento, tengo la alegría de escribirles para desearles unas felices fiestas de familia y compartir con ustedes algunas noticias de la Compañía.

Ayer, en el evangelio de san Juan oíamos a Jesús decirnos: "... he venido al mundo para esto: para dar testimonio de la verdad". Las veintisiete Hijas de la Caridad de España, mártires de la fe (1936), que serán beatificadas el próximo año en compañía de numerosos mártires religiosos y laicos, siguieron el ejemplo de Jesús y dieron testimonio "de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidoresⁱⁱ". Ellas confesaron su fe en plenitud. La celebración de su beatificación tendrá lugar el 27 de octubre de 2013 en Tarragona. En España se ha reunido y publicado ya abundante documentación sobre su vida. En los próximos meses se traducirá y se difundirá.

Demos gracias al Señor por estas nuevas beatificaciones que vamos a vivir en el marco del año de la fe. Nuestras Hermanas mártires han seguido a Cristo y continuado su misión, habían elegido vivir total y radicalmente los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia que nos hacen estar disponibles para el fin de la Compañía: el servicio a Cristo en los pobresⁱⁱ; sus vidas y sus muertes son para cada una de nosotras una llamada a la fidelidad a este servicio, cualesquiera que sean las dificultades, las incomprendiones o las oposiciones que podamos encontrar.

A propósito de esto, estoy segura de que siguen con gran atención los acontecimientos en Oriente Próximo, Siria, Tierra Santa y Egipto. Ya el año pasado, en esta misma fecha, evocaba esta región del mundo. Estos últimos meses, las revueltas en Siria han llevado a una verdadera guerra civil: nuestras Hermanas de Telle Arbouche están ahora en la capital, Damasco, porque su pueblo corría el riesgo de quedar aislado del resto del país; en Damasco, las Hermanas del Hospital San Luis continúan sirviendo a todos los enfermos sin distinción y las de Bab Touma garantizan el funcionamiento de la escuela; todas tratan de hacer del hospital y de la escuela lugares de paz a pesar del clima de angustia y de las profundas divisiones de la población. Antes de todos estos acontecimientos podían ir en coche de Damasco a Beirut en dos horas, actualmente este mismo trayecto puede llevarles hasta diez horas.

Las Comunidades de Tierra Santa sienten igualmente la tensión nacida de los enfrentamientos entre Israel y los palestinos de la franja de Gaza. Una Hermana que regularmente iba a distribuir ayuda a Gaza, últimamente no ha podido entrar. Por otro lado, en la Casa de Haifa, en la que nuestras Hermanas atienden a niños deficientes profundos, han debido tomar estrictas medidas de seguridad debido a eventuales lanzamientos de misiles.

En Egipto, la cohabitación pacífica entre las diversas confesiones parece muy frágil y las Hermanas temen las repercusiones de este desequilibrio en los más pobres.

No deseo ser catastrofista en esta carta, pero podría también evocar los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes al norte de Nigeria, la miseria de los refugiados que vagan entre Goma (República democrática del Congo) y Ruanda...etc.

Que en medio de estas situaciones dramáticas, y también en cada una de nuestras Comunidades, podamos ofrecer nuestros servicios a todos, ser testigos de paz, trabajar por la justicia y asumir la causa de los más desfavorecidos.

Mañana, al celebrar la fiesta de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, conmemoraremos la manifestación de la Inmaculada Virgen María a Catalina Labouré. En la Casa Madre, como en algunas de sus casas, acogeremos millares de peregrinos y les ofreceremos una medalla, resumen del Evangelio, mensaje de fe, de esperanza y de caridad, catequesis al alcance de todos. Confiémosles a la protección de la Virgen María.

Pidamos al Señor, por intercesión de santa Catalina, que vivamos la disponibilidad con nuestras Hermanas y con los pobres, en actitud de siervasⁱⁱⁱ, para que la Compañía sea fiel al espíritu que san Vicente y santa Luisa desearon para las primeras Hermanas que se reunieron en el domicilio de Luisa de Marillac hace 379 años, el 29 de noviembre de 1633.

Que María nos acompañe en nuestro camino de Adviento, Ella, la joven de Israel que con los profetas esperaba al Mesías que juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra^{iv}...será un mensajero de paz^v.

Con todo afecto y la seguridad de mi oración,

Sor Evelyne FRANC
Hija de la Caridad

Notas

ⁱ Porta fidei, 13

ⁱⁱ Cf. Constitución 8 b.

ⁱⁱⁱ Cf. Constitución 18 a.

^{iv} Cf. Isaías 11, 4.

^v Cf. Isaías 52, 7.

PADRE G. GAY, SUPERIOR GENERAL

Carta del 27 de noviembre de 2012

A TODA LA FAMILIA VICENCIANA

Queridos Hermanos y Hermanas en San Vicente.

¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros!

Me da mucha alegría dirigirme a Ustedes especialmente en este mes en el que celebramos, dentro del Año de la Fe, a la Virgen de la Medalla Milagrosa agradeciendo al Señor todas las gracias recibidas a través de su intercesión.

A la luz del “Año de la Fe” proclamado por nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI, conviene mencionar que entre las diversas propuestas sugeridas durante el reciente Sínodo de los Obispos, *para la Nueva Evangelización y Transmisión de la Fe*, había una llamada a promocionar peregrinaciones a distintos Santuarios Marianos en todo el mundo. En base a esto, yo animaría especialmente a que nuestros santuarios Marianos en todo el mundo, dedicados a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, promuevan peregrinaciones a lo largo de este Año de la Fe. Esperamos que las Asociaciones locales de la Medalla Milagrosa puedan ser de gran ayuda para esta empresa.

El Sínodo de los Obispos anima también a los fieles a celebrar este Año de la Fe con el estudio y profundización de los documentos del Vaticano II, en su 50 aniversario. Continúan siendo proféticos hoy, al invitarnos a abrazar el mundo con nuestro testimonio de amor. El don de la fe dado en el bautismo y fortalecido por la Palabra de Dios y los sacramentos, ayuda a hacer del amor transformador de Dios nuestra norma, algo que no debe ser asfixiado por la sociedad.

Para ayudarnos en este esfuerzo, el Sínodo nos recuerda la importancia de nuestra Doctrina Social Católica y el Catecismo de la Iglesia Católica, que celebra el 20 aniversario de su publicación. Tanto el Catecismo como la Doctrina Social de la Iglesia son instrumentos claves para la Nueva Evangelización, y muy recomendados por el Papa Benedicto en su discurso de apertura.

Estamos llamados a proclamar nuestra fe en el Señor Resucitado, y a mostrar expresiones de caridad los unos con los otros, y sobre todo para con los pobres y los marginados. El fruto de la fe y de la caridad es el servicio del pobre; este mensaje fue presentado claramente

por el Papa. Como la Asociación de la Medalla Milagrosa, también nosotros estamos llamados a seguir evangelizando con renovado entusiasmo. Esto se puede obtener con la oración, el servicio y en la tradición de las visitas a domicilio que tienen lugar durante el mes. Los miembros van los unos a las casas de los otros con una imagen de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa para orar, compartir las Escrituras, y participar en un diálogo de fe. El “Año de la Fe” proporciona una oportunidad a la Asociación para continuar esta tradición e incluso iniciarla. Para todos nosotros es una forma magnífica de participar en la Nueva Evangelización.

Durante los días 3 y 4 de noviembre hemos tenido en La Habana, Cuba, como está señalado en los estatutos Generales de la Asociación de la Medalla Milagrosa, el encuentro anual del equipo general donde tuvimos la oportunidad de apreciar el caminar de la Asociación por los informes recibidos de diferentes Consejos Nacionales. Con pena lamentamos la falta de información de algunos ya que nos priva de conocer los bellos esfuerzos que se realizan.

Y este es el motivo de mi circular: Quiero animarlos, especialmente a las Visitadoras y Visitadores, a que acompañen a esta rama de la Familia Vicenciana a través de las Hermanas y padres que ustedes han propuesto como asesores de ella.

En algunas de sus provincias no ha sido constituida la Asociación aunque seguramente sí existen grupos que de manera especial se han organizado para vivir su compromiso de seguimiento de Jesucristo a la luz del mensaje de las apariciones de la Virgen a Santa Catalina Labouré.

Estoy seguro de que a través de sus esfuerzos de animación padres y Hermanas continuarán o iniciarán, según sea el caso, impulsando con toda creatividad el verdadero protagonismo de los laicos, protagonismo que hace que se mantenga vivo el carisma vicenciano.

Esta carta quiere ser también la convocatoria a la Primera Asamblea General de la AMM ya que los encuentros internacionales anteriores: 2001, 2005 y 2009 no podían ser considerados Asambleas por la falta de Estatutos que así lo reglamentaran. La Primera Asamblea se celebrará en Roma, Dios mediante, del 17 de noviembre de 2014, día de llegada, hasta el 24, día de salida.

Desde ahora les agradezco su acogida a esta comunicación pero sobre todo las acciones concretas que realicen para seguir sosteniendo, o para iniciar, el acompañamiento a los miembros de esta Asociación que tiene, en la Visita Domiciliaria de la Virgen, un extraordinario medio de evangelización a las familias.

Su hermano en San Vicente

Padre G. Gregory Gay, cm
Superior general

PADRE G. GAY, SUPERIOR GENERAL

Adviento 2012

Un

camino hacia Cristo y hacia nuestro carisma

“Éste es el modo de la evangelización... que la verdad se convierta en mí en caridad y la caridad encienda como fuego también al otro. Solo en este encender al otro a través de la llama de nuestra caridad, crece realmente la evangelización, la presencia del Evangelio, que ya no es solo una palabra, sino realidad vivida” (S.S. Benedicto XVI, Meditación en la apertura del Sínodo sobre la nueva evangelización, 8 de Octubre de 2012).

A TODOS LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA VICENCIANA

Queridos Hermanos y Hermanas:

¡Que la gracia y la paz de Jesús llenen sus corazones ahora y siempre!

Recientemente he participado como delegado en el Sínodo sobre la nueva evangelización, que coincidió con el comienzo del “Año de la Fe”, para conmemorar el quincuagésimo aniversario del Concilio Vaticano II. Como lo expresa nuestro Santo Padre en la cita indicada anteriormente, “la presencia del Evangelio” es un don y un desafío para todos los que siguen a Cristo a ejemplo de san Vicente de Paúl. Es un don que se nos ha dado por Jesús, el Verbo hecho carne. Nuestro desafío consiste en hacer de este don una “realidad vivida”, sirviendo a nuestros señores y maestros, los pobres de Dios. El tiempo de Adviento nos ofrece la oportunidad de meditar sobre la belleza, el misterio y la increíble responsabilidad de nuestra vocación de discípulos cristianos que siguen el carisma vicenciano. Nuestro itinerario de Adviento comprende cuatro movimientos distintos que reflejan este tiempo litúrgico así como las etapas de nuestra vida de discípulos en seguimiento de Cristo.

UN TIEMPO DE ANGUSTIAS Y DE INCERTIDUMBRES

El mundo actual está lleno de angustias y de incertidumbres de toda clase: económicas, geopolíticas, étnicas, sociales y personales. Las guerras, los conflictos armados y las catástrofes naturales engendran, a su vez, pobreza, hambre, el problema de “los sin-techo” y de las miserias humanas, de las que es imposible hacer una lista exhaustiva. Por muy alarmante y desconcertante que sea nuestro mundo hoy, los textos de la Sagrada Escritura del primer domingo de Adviento nos recuerdan que en otro tiempo han existido situaciones parecidas: *“Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes... desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo”* (Lc 21, 25-26).

Nuestros santos Fundadores, san Vicente y santa Luisa, tuvieron que hacer frente, en el transcurso de su vida, a desafíos catastróficos: guerra, hambre, enfermedades, desprecio de los pobres, ignorancia e indiferencia respecto a la práctica de la fe católica entre el clero y los laicos. ¿Cuál fue su respuesta a estas pruebas y tribulaciones? Creo que la respuesta la podemos encontrar en el mismo evangelio de Lucas de este primer domingo de Adviento: *“Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación... tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones [...] Estad pues despiertos en todo tiempo”* (Lc 21, 28, 34-36).

Vicente y Luisa, aprendiendo a conocer mejor a Jesús a través de la meditación de su Palabra y recibéndolo en la Eucaristía, hicieron de Cristo el centro de su corazón y de su vida. Jesús calmó sus inquietudes y los apremió a emprender una manera de vivir el Evangelio, dinámica y profética.

Su itinerario espiritual se prosigue cuando ponemos en práctica el carisma de la caridad que ellos nos legaron hace ya más de 350 años. Que este Adviento sea un tiempo en el que busquemos a la Persona de Jesucristo en la Palabra y en los sacramentos, teniendo fe en Dios que *“reinará con justicia y derecho en la tierra”* (Jr 23, 5). Con el Emmanuel, Dios con nosotros, como principal apoyo, vamos a *“rebotar de amor mutuo y de amor a todos... que afiance así vuestros corazones, de modo que os presentéis ante Dios santos e irreprochables”* (1ª Tes 3, 12-13).

UN TIEMPO DE TOMA DE CONCIENCIA Y DE ESPERA

En medio de las ambigüedades de la vida, el Adviento ofrece una toma de conciencia y una espera crecientes de la venida de nuestro Dios entre nosotros. El Adviento es un tiempo de comienzos y de finales: un nuevo año litúrgico y el final del año civil. Pero, como cristianos, tomamos conciencia de que a pesar de este *chronos*, de este período de final y de comienzo, el Adviento ofrece un verdadero momento de *kairos*: por la Encarnación, Dios está siempre con nosotros. El profeta Baruc nos recuerda que debemos ser personas *“llenas de gozo, porque Dios se acordó de nosotros”* (cf. Bar 5, 5). Comoquiera que haya sido este año para nosotros, Dios nos llama, por Jesús, a un amor mayor.

La voz profética de Juan Bautista reanima la conciencia y la espera de la venida de Dios a Israel. Juan proclamaba un *“bautismo de conversión para el perdón de los pecados... una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”* (Lc 3, 2-3). Juan, el profeta del Reino de Dios, hablaba de la venida del Mesías llevando una vida disciplinada por la ascesis y totalmente centrada en Jesús. El Adviento, a través de la belleza de la Sagrada Escritura, de las lecturas y de los himnos que nos despiertan a la misericordia de Dios, nos ayuda a dirigir nuestra mirada hacia el Hijo único engendrado por el Padre.

El resultado de la ascesis del Adviento, es una mirada constantemente orientada hacia Jesús, *“Dios con nosotros”*, como lo era en la vida de Vicente y de Luisa. Jesús era *“todo”* para ellos. Vicente apremiaba a sus discípulos *“a hacernos interiores, a hacer que Jesucristo reine en nosotros... Busquemos la gloria de*

Dios, busquemos el reino de Jesucristo” (SV XI-3, p. 429). Vicente y Luisa hicieron que viniera el reino de Dios a la tierra sirviendo a Cristo en los pobres. El Adviento nos prepara para hacer lo mismo.

UNA LLAMADA A LA CONVERSIÓN A CRISTO Y A NUESTRO CARISMA

Ya que el Adviento nos hace pasar de la angustia a la espera, hay una apertura en nuestras vidas y en nuestros corazones para que Jesús pueda entrar en ellos. De este modo, encontramos de nuevo el misterio de la conversión, a medida que Cristo nos revela con suavidad nuevas formas de vivir las verdades evangélicas. Las palabras estimulantes de San Pablo revisten así un nuevo significado para nosotros: *“Alegraos siempre en el Señor ; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca”* (Flp 4, 4-5). Esta proximidad nos ofrece una idea de lo que significa la conversión a Cristo y nos llama a una decisión: ¿en quién y en qué centro mi corazón?

El Evangelio del domingo “Gaudete” describe el primer fervor de aquellos cuyos corazones fueron tocados por Juan Bautista hasta el punto de convertirse. Lucas nos dice que, aunque las multitudes eran variadas e incluían tanto a personas sencillas como a recaudadores de impuestos y a soldados, todos planteaban la misma pregunta: *“¿Qué tenemos que hacer?”* (Lc 3, 10). Y la respuesta de Juan era sencilla y directa: compartid todo lo que tenéis con los necesitados; no percibáis más impuestos que la cantidad requerida; no hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas y contentaos con vuestra paga (según Lc 3, 11-15). La llamada a la conversión que hacía Juan no se reducía a dar un salto al Jordán y a un breve sentimiento de alivio, sino que conducía hacia Jesús y a una relación nueva y dinámica con Dios y con el prójimo.

Nuestros santos Fundadores tuvieron sus “momentos de conversión”: la experiencia del domingo de Pentecostés en el caso de Luisa, y los encuentros de Vicente en Châtillon y Folleville. Los dos descubrieron que seguir a Cristo no debía consistir en ejercicios espirituales esotéricos ni en doctrinas religiosas abstractas, sino en el servicio a los demás como si se tratara del mismo Señor Jesús. Luisa escribía: *“Mi oración ha sido más de contemplación que de razonamiento, con gran atractivo por la Humanidad santa de Nuestro Señor y el deseo de honrarla e imitarle lo más que pudiera en la persona de los pobres y de todos mis prójimos”* (Santa Luisa, *Corr. y Escr.*, E. 98, p. 809).

El carisma vicenciano que nos inspira y nos guía hoy procede de la conversión de nuestros Fundadores a Cristo y de su deseo de apostar sus vidas por esta fe cada día. El Adviento nos permite reavivar nuestro vínculo con el carisma viviendo como *“enviados de Cristo”* (2 Co 5, 20). Vicente recordaba a sus primeros discípulos: *“Pues bien, para comenzar bien y para tener buen éxito, acuérdesse de obrar siempre en el espíritu de Nuestro Señor, de unir sus acciones a las de él y de darles una finalidad”* (San Vicente, *Síg. V*, p. 433).

UN TIEMPO PARA UNA ACCIÓN REDENTORA

Desde el momento en que dejamos que el Adviento nos renueve en el amor y en la misericordia de Jesús, podemos entregarnos más totalmente al carisma vicentino. En una carta anterior a la Familia vicenciana, sugerí este tema con miras a mejorar la colaboración: *“Trabajemos juntos para anunciar la Buena Noticia y dar vida a los pobres”* (Junio 2012). Al igual que nuestro carisma, la espiritualidad vicenciana es concreta y realizable. Éste fue el talento de Vicente y de Luisa: vieron a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo. Debemos trabajar juntos para difundir este carisma de la caridad en nuestro contexto actual.

Sin embargo, tanto la espiritualidad vicenciana como el Adviento nos recuerdan que lo que buscamos para nosotros mismos y para aquellos a los que servimos no es solo un alivio temporal sino una

acción redentora. Los textos de la Sagrada Escritura del Adviento ponen de relieve a personas sencillas llamadas por Dios a jugar un papel extraordinario en la historia de la salvación: Juan Bautista, María, Isabel y José. Mediante su apertura a la voluntad de Dios, la Virgen María aceptó su rol en la obra redentora de Dios como Madre del Señor, trazándonos así un camino seguro de fe y fidelidad. No es extraño que Isabel dijera a María en su visita: “*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno... feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor*” (Lc 1, 42-45). El testimonio de María, así como todos los relatos del Adviento pueden ayudarnos a profundizar la gracia de Dios en nosotros, cuando hacemos nuestros estos relatos de la historia de la salvación.

La Familia vicenciana está compuesta por miembros de una fe firme, que comparten la misión de evangelizar a los pobres. Todos están llamados a ser misioneros que viven el Evangelio. El verano pasado, visité las islas Filipinas para celebrar el 150º aniversario de la presencia de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad en este país. La foto de la primera página de esta carta, está sacada de una obra de teatro: “*San Vicente: Zarzuela*”, puesta en escena en la Universidad Adamson, con motivo de este maravilloso acontecimiento. Mientras disfrutaba con esta representación espléndida de nuestra historia y de la misión en Filipinas, me sentía lleno de gratitud por los muchos sacrificios hechos por los primeros misioneros, los Sacerdotes de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad, originarios de España, que fueron a dicho país. Me resultaba evidente también que esta antigua “tierra de misión” había crecido para convertirse, hoy, en una comunidad de fe dinámica, con sus propias misiones.

El Adviento nos recuerda que la obra de Dios se prosigue cada año de manera nueva en cada uno de nosotros, cualesquiera que sean nuestra edad y nuestro estado de vida. ¡La nueva evangelización comienza por cada uno de nosotros! Entonces, entreguémonos plenamente en este tiempo de gracia, con espíritu y corazón abiertos y disponibles, liberándonos de las preocupaciones y de las angustias de la vida, para entrar en una comunión más profunda con Cristo y desde un compromiso renovado con el carisma vicentino de la caridad. Con el espíritu de Jesús y de nuestros santos Fundadores, les pido de nuevo: “Trabajemos juntos para anunciar la Buena Noticia y dar vida a los pobres”.

Pido que el Señor Jesús les bendiga abundantemente a lo largo del tiempo de Adviento y de Navidad.

Su hermano en san Vicente,

Padre Gregory Gay, cm
Superior general

Padre Patrick Griffin, Director general

“Un corazón indiviso”
Un testimonio profético”

El *Documento Inter-Asambleas*, “Dejémonos transformar por el Espíritu,” tiene un subtítulo que orienta nuestra atención hacia una misión especial del Espíritu Santo: “Fuente de Profecía y Esperanza”. Estos dos elementos: profecía y esperanza, son esenciales en un corazón indiviso.

En esta conferencia, voy a reflexionar con ustedes sobre el testimonio profético que, en nombre de los pobres, tenemos que ofrecer a nuestro mundo. El profeta tiene un corazón indiviso y escucha la voluntad de Dios, habla alto y fuerte, sin compromiso ni temor a las consecuencias. Vicente y Luisa fueron testigos proféticos en su tiempo y allí donde vivieron. En su Exhortación Apostólica Post-Sinodal “*Vita consecrata*” (1996) el Papa Juan Pablo II da una maravillosa descripción de la misión profética de la persona consagrada. No hace referencia a los profetas bíblicos, sino que habla así de los profetas de nuestro tiempo.

“La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la Palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del evangelio para la construcción del Reino de Dios” (VC 84).

Esta declaración, densa y rica, centra nuestra atención en las características de la vocación profética como una “comunión eclesial indispensable” y que se desarrolla mediante “el discernimiento espiritual y el amor a la verdad”.

Voy, pues, a escoger tres de estos elementos y los desarrollaré como esenciales en nuestra llamada al servicio de la Iglesia y de los pobres:

- En primer lugar, el profeta: como alguien que **escucha la Palabra de Dios** “en las diferentes circunstancias de la historia”.

- En segundo lugar, el profeta: alguien **que desea ardientemente la santidad de Dios** y que escucha su palabra “en el diálogo de la oración”.

- En tercer lugar, el profeta: alguien que **proclama la Palabra de Dios** con su vida, sus palabras, y sus hechos.

La misión del profeta gira en torno a la Palabra de Dios, y no solo en la proclamación de la Palabra. El profeta, hombre o mujer, primero escucha la Palabra de Dios, luego, en diálogo con el Señor, discierne lo que significa y sólo después proclama de palabra y con hechos.

El *Documento Inter-Asambleas* sigue la misma dinámica que la descrita para la misión del profeta en *Vita Consecrata*: estar atentas a “la realidad del mundo en el que vivimos”, a “las llamadas que nos lanza el Espíritu, y “las respuestas a poner en acción para dinamizar nuestra vida” (DIA p. 3), es igualmente el modelo de análisis en la fórmula del “ver, juzgar, actuar” de Medellín y Puebla, o en el plan de los sermones de san Vicente “naturaleza-motivos-medios”.

I. EL PROFETA ESCUCHA LA PALABRA DE DIOS EN LOS ACONTECIMIENTOS DE LA HISTORIA

Muchas veces se ha descrito al profeta como alguien que predice el futuro. Ahora bien, en la Biblia su misión no es esta. La misión del profeta es la de observar, escuchar, aprender del pasado para observar y

escuchar las enseñanzas del presente. Solo así será capaz de decir algo para el futuro y lo que ocurrirá si ciertos problemas o ciertos cambios no se tienen en cuenta.

Samuel es el primer profeta de Israel que hace la transición entre la función sacerdotal y la función profética. Recordemos de qué modo se realiza su llamada profética:

“Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel, por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: “Aquí estoy, porque me has llamado”. Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: “Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo di: “Habla Señor, que tu siervo escucha”. Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: “¡Samuel, Samuel!” Respondió Samuel: “Habla que tu siervo escucha”. (1 Sam 3,7-10)

Aprender a reconocer la voz del Señor es clave. Podemos ver que el testimonio profético exige estar a la escucha del Señor. Podemos desorientarnos y seguir otras voces: a veces, una voz interior que procede de nuestra propia voluntad; otras, una voz convincente, la de lo fácil; otras veces una voz fuerte, la de la autoridad... Pero lo que necesitamos es oír la voz del Señor; se parece a la del Buen Pastor que conoce a sus ovejas y éstas le reconocen. Entonces nuestra respuesta consiste en escuchar: “Habla Señor que tu siervo escucha”.

La voz del Señor nos llega de distintas maneras: la oímos ya sea a través del reconocimiento de los valores evangélicos (vemos el relato evangélico vivido con claridad y oímos la llamada), o a través de los “signos de los tiempos”, (conocemos situaciones de personas que nos invitan a comprometernos), o por las llamadas de la Iglesia y /o de nuestros Superiores, que disciernen las mociones del Espíritu de un modo especial en la vida de la Compañía (entonces estamos llamados a la obediencia y a la acción).

El profeta es una persona en conexión con el tiempo y el lugar en el que vive: se informa a través de la prensa y los medios de comunicación de lo que les ocurre a los más vulnerables en su país y en el mundo.

El Señor está atento a las necesidades de su pueblo. **En el Antiguo Testamento**, recuerda al pueblo que han de tratar bien a los necesitados:

“No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. No explotarás a viudas ni a huérfanos. Si los explotas y gritan a mí, yo escucharé su clamor” (Ex. 22,20-22).

El Señor oye el grito de los oprimidos y les responde. El Salmo 34, 7 dice: *“El pobre clama y el Señor le escucha, y le salva de todas sus angustias”.*

Lo que tenemos que saber es que muchas veces el Señor oye por nuestros oídos, habla mediante nuestras voces y responde por nuestros brazos.

En el Nuevo Testamento, el pasaje del Buen Samaritano nos narra la escucha y la atención de Jesús a la situación del hombre herido:

“Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino, y al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas,

echándoles aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó” (Lc 10, 31-34)

El sacerdote y el levita ven a la víctima, pero eligen pasar por el otro lado. Sólo el Samaritano elige acercarse e implicarse. Jesús ha escuchado el grito del pobre en su mundo. Ha reconocido a su hermano sufriente y ha optado por responder.

En la época en la que vivían **Vicente de Paúl y Luisa de Marillac**, cuánta gente vio a los niños abandonados en las calles víctimas de tantos abusos, a los prisioneros privados de los derechos humanos fundamentales, a los enfermos y moribundos, a los hambrientos y a los sin hogar, sin ayudarles. Podríamos describir estas situaciones y muchas más y luego maravillarnos por el modo como Vicente y Luisa permanecieron alerta. Su atención a las mociones del Espíritu les condujo a responder a las necesidades de los pobres. Respondieron a los desafíos de su tiempo con el corazón y las manos dispuestos para la acción. Reconocieron la presencia de Jesús en los pobres y se convirtieron en nuestros modelos y guías, siempre dispuestos a responder a la voz del Señor cualquiera que fuere el precio que hubiera que pagar. Escuchemos a Luisa:

“Sobre todo, sean muy afables y bondadosas con sus pobres; ya saben que son nuestros señores, a los que debemos amar con ternura y respetar profundamente. No basta con que tengamos estas máximas en la memoria; sino que hemos de demostrarlo con nuestros cuidados caritativos y afables.” (SLM, C. 322 A mi querida Sor Cecilia Inés. p.316)

Hoy, nuestra vocación de Hijas de la Caridad nos compromete a dar un testimonio profético: escuchar y reconocer la voz de Dios en cualquier circunstancia, lo que supone un corazón indiviso: *“Habla Señor que tu siervo escucha”*.

II. EL PROFETA “REFLEXIONA EN LA PALABRA DE DIOS”

Reconocer y escuchar la Palabra de Dios es la primera etapa del testimonio profético. La etapa final es llevarla a la práctica. Estas dos etapas parecen bastante evidentes. Pero existe una etapa intermedia: la que nos introduce en la contemplación, aquella en la que buscamos conocer lo que Dios quiere de nosotros en esta situación. Esa etapa intermedia está basada en la reflexión y la oración.

Como lo describe *Vita Consecrata*: *“El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y... [oye] su Palabra en el diálogo de la oración”*.

Hay dos elementos interesantes en esta parte del testimonio profético. En primer lugar, el profeta recibe la gracia de un esclarecimiento de la naturaleza y de la voluntad de Dios. Cuando observa la situación actual, el profeta reconoce dónde está presente Dios y de qué forma le llama a actuar.

Jesús llevó a cabo su testimonio profético de esta manera. Vio lo que estaba ocurriendo y reconoció que la situación era contraria a la voluntad de Dios para su pueblo. Comprometió a la gente a reflexionar y les provocó a que pensarán de forma diferente. La narración del Buen Samaritano es uno de los ejemplos. Se podría también poner el acento en la manera de respetar el Sabbath, o en su voluntad de asociarse a determinada clase de gente. Jesús era un pensador, -e invita a los demás a pensar-, así como un orador y un actor. Era un verdadero profeta

Observemos cómo el verdadero profeta se distingue de las otras dos figuras proféticas del Antiguo Testamento:

- El “profeta de la corte del Rey”, decía lo que el rey esperaba de él, y no lo que el Señor quería.

- El falso profeta expresaba su voluntad, sus intereses y su manera de pensar y no la del Señor.

El auténtico profeta, busca cumplir la voluntad de Dios aclarada mediante la escucha y la reflexión.

El profeta escucha la Palabra de Dios en el “diálogo de la oración”, no se contenta con hablar o escuchar, sino que habla y escucha. Jeremías seducido por el Señor, es igualmente capaz de presentarle su queja

Me sedujiste SEÑOR, y me dejé seducir; has sido más fuerte que yo y me has podido. He sido a diario el hazmerreír, todo el mundo se burlaba de mí. Cuando hablo, tengo que gritar, proclamar violencia y destrucción. La palabra del Señor me ha servido de oprobio y de desprecio a diario. Pensé en olvidarme del asunto y dije: “no lo recordaré; no volveré a hablar en su nombre” pero había en mis entrañas como fuego, algo ardiente encerrado en mis huesos. Yo intentaba sofocarlo, y no podía” (Jer 20,7-9)

Jeremías, cómo otros muchos profetas, sintió el peso de su responsabilidad en la proclamación de la Palabra de Dios.

Vicente y Luisa, conocían la situación de su época y la llamada del Evangelio. A través de sus escritos podemos imaginarlos reflexionando en voz alta sobre los acontecimientos y lo que era posible mejorar, lo que podía tener solución o no. Su reflexión se orientaba por el deseo de discernir la voluntad de Dios. El éxito o fracaso de una empresa se juzgaba en relación con lo que ellos percibían como acción de Dios en ese momento y lugar preciso, lo que Dios les permitía que hicieran con éxito, era considerado cómo algo acorde con la voluntad de Dios, lo que fracasaba, se interpretaba cómo no formando parte del plan de Dios en ese momento. Su capacidad para concretar la llamada profética estaba unida a su respuesta, muy bien concebida, en el orden práctico.

En nuestra época, estamos igualmente invitados a reflexionar sobre las necesidades actuales. Nuestro Documento *Inter-Asambleas* nos invita a:

“... a discernir cómo responder de manera nueva a las llamadas del mundo de los pobres hoy (migración, tráfico de mujeres y niños, SIDA, todas las amenazas a la vida...)” (DIA p.23).

El proceso de discernimiento brota de corazones inteligentes y abiertos a la novedad. *“Ensancha el espacio de tu tienda, despliega los toldos de tu morada, no los restrinjas, alarga las cuerdas, afianza tus estacas” (Is 54,2).* La referencia al texto de Isaías consiste manifiestamente en pensar en nuevas ideas con gran amplitud de miras, a eventualidades aun desconocidas, a maneras creativas de servir, siendo fieles a nuestro carisma.

Si las Hijas de la Caridad sirven a los más abandonados y vulnerables, deben evaluar continuamente sus obras y sus recursos. Mientras que ciertos servicios de pobres son asumidos por la sociedad actual, ellas están dispuestas a pasar a otro tipo de servicio. Tal es la respuesta a la llamada profética y la actitud de los corazones indivisos.

El profeta no deja a la gente a gusto, ni él mismo está a gusto ni seguro. El Evangelio nos lo recuerda: *“Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Lc 9,58).*

III. EL PROFETA “PROCLAMA LA PALABRA DE DIOS” CON SU VIDA, SUS PALABRAS, Y SUS HECHOS.

En su libro, **Ezequiel** describe muy bien la acción del profeta. Trata del re-encuentro del pueblo de Israel tras su cautividad en Babilonia. El Señor promete, no solamente reunir a todo el pueblo sino también darles su espíritu, su vida. Todo ello ocurre gracias a la palabra del profeta. Literalmente, anima al pueblo.

“La mano del Señor se posó sobre mí. El Señor me sacó en espíritu y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran muchísimos en el valle y estaban completamente secos. Me preguntó: “Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?”. Yo respondí: “Señor, Dios mío, tú lo sabes”. Él me dijo: “Pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: “¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor!” Esto dice el Señor Dios a estos huesos: yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis. Pondré sobre vosotros los tendones, haré crecer carne, extenderé sobre ella la piel, os infundiré espíritu y viviréis. Y comprenderéis que soy el Señor”

Yo profeticé como me había ordenado, y mientras hablaba se oyó un estruendo y los huesos se unieron entre sí. Vi sobre ellos los tendones, la carne había crecido y la piel la recubría; pero no tenían espíritu. Entonces me dijo: “Conjura al espíritu, conjúralo, hijo de hombre, y di al espíritu: Esto dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, espíritu y sopla sobre estos muertos para que vivan”. Yo profeticé como me había ordenado; vino sobre ellos el espíritu y revivieron y se pusieron en pie”. Era una multitud innumerable. Y me dijo: “Hijo de hombre, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: “Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, ha perecido, estamos perdidos”. Por eso profetiza y diles: “Esto dice el Señor Dios: Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo. El Señor, lo digo y lo hago” – oráculo del Señor” (Ez 37, 1-14).

Vicente y Luisa provocaron estas transformaciones en su época y lugar. Con el poder de los profetas, favorecieron el cambio en su sociedad y en su cultura, influyendo en las leyes, organizando a la gente, y transformando las instituciones. ¿Fue acaso su época algo menos confusa que la nuestra, o más exigente en lo que se refiere a la necesidad de actuar o de gobernar?

Vita Consecrata subraya las transformaciones que el testimonio profético puede aportar en una sociedad:

“Si la vida consagrada mantiene su propia fuerza profética, se convierte, en el entramado de una cultura, en fermento evangélico capaz de purificarla y de hacerla evolucionar. Lo demuestra la historia de tantos santos y santas que, en épocas diversas, han sabido vivir en el propio tiempo sin dejarse dominar por él, señalando nuevos caminos a su generación. El estilo de vida evangélico es una fuente importante para proponer un nuevo modelo cultural. Cuántos fundadores y fundadoras, al percatarse de ciertas exigencias de su tiempo, han sabido dar una respuesta que, aun con las limitaciones que ellos mismos han reconocido, se ha convertido en una propuesta cultural innovadora”. (VC 80)

Nuestras Constituciones nos urgen a la acción:

“Las Hijas de la Caridad tienen la preocupación constante por la promoción de la persona en todas las dimensiones de su ser. Por eso se ponen a la escucha de sus hermanos y hermanas para ayudarles a tomar conciencia de su propia dignidad y a ser ellos mismos los agentes de su promoción. Dan

a conocer las llamadas y las aspiraciones legítimas de los más desfavorecidos, que no tienen la posibilidad de hacerse oír”. (C. 24e)

Ser conscientes de las necesidades de los más necesitados y buscar los medios de ayudarles a defender su propia causa, forma parte de la tarea profética de una Hija de la Caridad. Cuando esto no es posible, la Hija de la Caridad trata de convertirse en la voz de los que sufren.

Vita Consecrata sugiere que uno de los medios por los que los consagrados llevan a cabo su testimonio profético en el mundo contemporáneo, es por el **ejercicio de los consejos evangélicos**.

“El cometido profético de la vida consagrada surge de tres desafíos principales dirigidos a la Iglesia misma: son desafíos de siempre, que la sociedad contemporánea, al menos en algunas partes del mundo, lanza con formas nuevas y tal vez más radicales. Atañen directamente a los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia” (VC 87)

La Pobreza, la castidad y la obediencia son signos proféticos eficaces de los valores de nuestras sociedades y hacen presente el Reino de Dios entre nosotros. Simplemente viviendo con fidelidad y gozosamente estos votos, denunciamos los abusos de los que son víctimas las personas, contra el ansia irresistible de poseer y el intento de arrebatar los derechos de los demás. O, dicho de forma más positiva, vivir fielmente los consejos evangélicos conduce a una estima más profunda del verdadero sentido del amor, del respeto por el orden de la creación y de la cooperación para fines que merecen la pena. Uno de los testimonios proféticos más auténticos que podemos ofrecer a nuestro mundo, allí donde estemos, es sencillamente ser lo que profesamos por nuestros votos.

El documento pone de relieve la manera como estos desafíos se viven en el mundo moderno:

LA CASTIDAD

“La primera provocación proviene de una cultura hedonística, que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo... La respuesta de la vida consagrada consiste ante todo en la práctica gozosa de la castidad perfecta, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana... ¡en Cristo es posible amar a Dios con todo el corazón, poniéndolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios, a todas las criaturas!... La castidad consagrada, aparece de este modo, como una experiencia de alegría y de libertad” (VC 88).

“Sí, queridas hermanas, ¡cómo el deseo de amar a Dios y la práctica de ese santo amor (suavizan) maravillosamente todas las cosas! ¡Qué consuelo tan grande es para las almas buenas tener ocasiones en que poder manifestar a Dios el amor que le profesan, como las que tienen ustedes con el servicio que prestan a los pobres!” (SLM, C. 330 A Sor Juana Cristina 1. pp. 323-324)

LA POBREZA

“Otra provocación está hoy representada por un materialismo ávido de poseer, desinteresado de las exigencias y los sufrimientos de los más débiles y carente de cualquier consideración por el mismo equilibrio de los recursos de la naturaleza. La respuesta de la vida consagrada está en la profesión de la pobreza evangélica, vivida de maneras diversas, y frecuentemente acompañada por un compromiso activo en la promoción de la solidaridad y de la caridad (CV 89)... Dios es la verdadera riqueza del corazón humano...Se pide, pues, a las personas consagradas un nuevo y decidido testimonio evangélico de

abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna, inspirado en criterios de sencillez y hospitalidad...” (CV 90).

“Eso es lo que hace la pobreza: nos hace pensar en Dios y elevar a Él nuestro corazón, mientras que si estuviéramos bien provistos, quizá nos olvidaríamos de Dios. Por eso, siento una gran alegría, al ver que la pobreza voluntaria y real se practica en todas nuestras casas” (Abelly, Libro III, capítulo XVIII, p. 734)

LA OBEDIENCIA

“La tercera provocación proviene de aquellas concepciones de libertad que, en esta fundamental prerrogativa humana, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral...no hay contradicción entre obediencia y libertad” (VC 91)

*“Toda **obediencia** en la fe, reproduce la actitud del Hijo de Dios... en seguimiento suyo y bajo la moción del Espíritu Santo, las Hijas de la Caridad hacen a Dios la ofrenda total de su libertad... [y se] comprometen a una búsqueda y aceptación humilde y leal de la voluntad de Dios, que se manifiesta a la Compañía de múltiples formas”* (C. 31a, b)

CONCLUSION

Comenzábamos esta intervención reconociendo la importancia de tener un corazón indiviso como el de los profetas.

Herederos de san Vicente y de santa Luisa que a través de los acontecimientos de su época supieron discernir la voluntad de Dios y realizarla, estamos llamadas a abrirnos sin cesar a la acción transformadora del Espíritu, para dar un testimonio profético como siervas de los pobres.

“Hermana, ¡qué consolada se sentirá usted en la hora de la muerte, por haber consumido su vida por el mismo motivo por el que Nuestro Señor dio la suya! -Por la caridad, por Dios, por los Pobres!-. Si conociera usted su felicidad, hermana, se sentiría realmente llena de gozo: pues, haciendo lo que usted hace, cumple la ley y los profetas, que nos mandan amar a Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como a nosotros mismos. ¿Y qué mayor acto de amor se puede hacer que entregarse uno a sí mismo por completo, de estado y de oficio, por la salvación y el alivio de los afligidos? En eso está toda nuestra perfección. Queda por añadir el afecto a la acción y conformarse con la voluntad de Dios, haciendo y sufriendo todas las cosas por las mismas intenciones por las que Nuestro Señor hizo y sufrió otras semejantes. Le ruego que nos conceda a todos esta gracia”. (SV VII, 2832. A Ana Hardemont, Hna Sirviente, en Ussel. Paris, 24 de Noviembre [1658]. CCD 7, p. 397)

Que ésta oración sea también la que brote hoy de nuestro corazón indiviso.

Padre Patrick GRIFFIN, cm
Director general

Padre P. Griffin, Director general

María en medio de nosotros

“Maestra de vida espiritual”
para la Hija de la Caridad

Vicente debía ser un gran maestro. Observen su metodología. Invita a la gente a compartir lo que sabe sobre un tema, a continuación explica el tema con claridad, con frecuencia repite lo que dice y seguidamente pregunta a sus auditores sobre sus intervenciones. Por último, generalmente hace un resumen de su intervención. Cuando habla de lo que caracteriza a las Hijas de la Caridad, reúne en una sola frase los puntos más importantes:

“Repito una vez más, que el espíritu de vuestra Compañía, hermanas mías, consiste en el amor de nuestro Señor, el amor a los pobres, vuestro amor mutuo, la humildad y la sencillez...” (SV, IX-1, Conferencia 51 del 9 de Febrero de 1653, sobre el espíritu de la Compañía pp 533-539)

Luisa igualmente afirma:

“La humildad, la sencillez, el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la perfecta caridad, son su espíritu [de las Hijas de la Caridad].” (LM, L. 377 a las Hijas de la Caridad de Richelieu, hacia Octubre de 1652, pp.396-398)

En otra conferencia, Vicente dice a las Hermanas cuán importante es que sepan lo que les caracteriza:

“Cuando Dios hizo la Compañía de las Hijas de la Caridad, le dio también un espíritu particular. El espíritu es lo que anima al cuerpo. Es muy importante que las Hijas de la Caridad sepan en qué consiste ese espíritu, lo mismo que es también importante que una persona, que va a hacer un viaje, sepa cuál es el camino para el sitio adonde quiere dirigirse. Si las Hijas de la Caridad no conociesen su espíritu, ¿a qué se dedicarían especialmente?” (SV, IX-1, Conferencia 50 del 2 de Febrero de 1653, p. 523).

En estos extractos y en tantos otros, Vicente y Luisa hablan del Espíritu de la Compañía y de la necesidad que tienen las Hijas de la Caridad de identificarse con este espíritu. En mi intervención de hoy quisiera señalar cinco elementos: el amor de Nuestro Señor, el amor de los pobres, el amor mutuo, la humildad y la sencillez.

Si han tenido alguna vez un buen profesor saben que son muy útiles, son expertos en una materia concreta, son personas que saben lo que es más importante, pueden darnos buenos consejos y mostrarnos cómo hacer, porque lo hacen ellos mismos. Para aprender a tocar la guitarra, a hablar una nueva lengua es necesario un profesor. Para aprender cómo ser verdadera Hija de la Caridad, podemos referirnos a muchos modelos: pueden ser compañeras, o santas como Luisa, Catalina, Rosalía etc... Hoy voy a presentarles el modelo más perfecto: María, que ha sido, de un modo u otro, la maestra de vida espiritual de todas las que, entre nosotros, la Iglesia reconoce como santas.

Consideraremos a María como nuestra profesora y examinaremos lo que puede enseñarnos sobre los cinco elementos del espíritu propio de las Hijas de la Caridad.

1. EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR

“El que viese la vida de Jesucristo vería sin comparación algo semejante en la vida de una Hija de la Caridad [...] ¿Cuál es por tanto ese espíritu de las Hijas de la Caridad? Es, hermanas mías, el amor de nuestros Señor [...] es menester que sepáis que se ejerce de dos maneras: afectiva y efectivamente. El amor afectivo es la ternura en el amor. Tenéis que amar a nuestro Señor con ternura y afecto, [...] Hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, con entusiasmo, con constancia y amor” (SV, IX-1 Conferencia 51 del 9 de Febrero de 1653, pp. .533-539)

Cuando hablamos del amor de Nuestro Señor, fácilmente pensamos en el amor de su Madre. ¿Qué podría superar el amor de una madre por su hijo?

Si queremos conocer el amor que María tenía por Dios, miremos su amor por Jesús, por su familia. Era su manera de amar a Dios en su vida, con un corazón lleno de ternura. Este amor era tan real como lo es compartir una comida, realizar juntos una pequeña tarea, compartir experiencias vividas a lo largo del día, o alabar al Padre en la oración diaria. María amaba a Dios, tanto durante la permanencia de Jesús en su casa como cuando comenzó su ministerio. Pensaba siempre en él y oraba para que pudiese realizar su misión.

María amaba a Dios a través de su Ley, que observaba como una hija de Israel, amaba a Dios en su vida de familia como madre, amaba a Dios que permanecía en su corazón, amaba a Dios en los momentos importantes tales como la Encarnación, la Cruz, Pentecostés. María amaba a Dios con todo su ser, se había entregado totalmente para servirle con la entrega que una madre ofrece a los que ama.

Cuando hablamos del amor de Dios y de la responsabilidad que una Hija de la Caridad tiene de amar a Dios, no podemos esperar mejor guía que María.

- La manera en que María amó a Dios en la Ley y su presencia en la historia de su pueblo, nos recuerda nuestra necesidad de amar a Dios en las enseñanzas que el Señor nos trasmite a través de las Escrituras y de la Iglesia.

- La manera en que María amó a Dios en su vida diaria, nos motiva a trabajar para que este amor sea una parte ordinaria de nuestra vida diaria, invitándonos siempre a vivir con fidelidad y ternura.

- La manera en que María amó a Dios inundó lo más íntimo de su ser e hizo nacer la vida, sentimos el deseo de alimentar nuestra vida interior y encontrar a Dios en ella y amarle con todo nuestro corazón,

María nos enseña cómo amar a Dios de la manera más sencilla y, sin embargo, la más universal. El amor de Dios formaba parte de su vida diaria, como debe formar parte de la nuestra.

2. El amor de los pobres

En la cita de san Vicente sobre el espíritu de las Hijas de la Caridad que anteriormente hemos utilizado, nos fijamos en esta frase:

“Hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, con entusiasmo, con constancia y amor” (SV, IX-1 Conferencia 51 del 9 de febrero de 1653, pp. .533-539)

En los escritos de Vicente o de Luisa encontramos numerosos estímulos:

“Sobre todo sean muy afables y bondadosas con sus pobres; ya saben que son nuestros señores a los que debemos amar con ternura y respetar profundamente. No basta con que tengamos estas máximas en la memoria, sino que hemos de demostrarlo con nuestros cuidados caritativos y afables.” (LM, C. 322 [L. 284 bis] A mi querida Sor Cecilia Inés, del 4 de mayo de 1650. p.316)

Son numerosas las enseñanzas que podemos recibir de la vida de María sobre el amor a los pobres. Leyendo el Evangelio podemos contemplar a María poniéndose al servicio de los pobres y viviendo entre los pobres.

El servicio de María a los pobres

Varios relatos del Nuevo Testamento sugieren que María estaba atenta a los que tenían necesidades.

En la Visitación la vemos atendiendo a Isabel. Podemos situar a Isabel entre los pobres. Era una mujer anciana con un marido también anciano y no tenían hijos. Ahora está embarazada. La pregunta que surge es la siguiente: “¿Cómo saldrá adelante?” María es la respuesta a esta pregunta; acude junto a su prima en los últimos meses de su embarazo y le ofrece su compañía y su capacidad física para el trabajo: las dos constituyen un verdadero servicio para el que lo necesite.

Falta el vino en las bodas de Cana. ¿La familia no lo había previsto o llegó al límite de sus recursos? De cualquier modo, María se da cuenta de esta situación delicada, interviene, lo comparte con Jesús, segura de que sólo él podía hacer algo.

En su Cántico del Magnificat, vemos de qué manera los pobres están presentes en la alabanza de María.

“Dios exalta a los humildes y a los hambrientos los colma de bienes” (Lc 1, 52-53)

María ama verdaderamente a su pueblo y sobre todo a los que se encuentran entre los pobres.

María entre los pobres

Podemos también observar el lugar que María misma ocupa entre los pobres.

En la Anunciación, vemos cómo san Lucas nos presenta a María.

“En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.” (Lc 1, 26-27)

El carácter ordinario de este discurso es sorprendente. El ángel es enviado a la insignificante ciudad de Nazaret en la humilde Galilea; este ángel va para presentarse a una virgen prometida con un hombre,

que no se le describe por ningún título sino por su tribu; y el nombre de esta mujer era sencillamente “María”, un nombre empleado corrientemente, por ejemplo, las tres “Marías” al pie de la cruz, (Jn 19, 25). Podemos ver de qué modo contrasta este discurso con el que encontraremos un poco más tarde:

“En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisanio tetrarca de Abilene; bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás...” (Lc 3, 1-2)

En este discurso, cada uno es importante y tiene título. Por el contrario, el humilde carácter de María se valora y subraya intencionadamente. Sin embargo, cuando Dios envía a su ángel, no lo envía a los grandes y a poderosos sino a la pobre joven de Nazaret. Apreciamos la importancia del mensaje. Cuando busquemos a María, hagámoslo entre los pobres.

Las diversas maneras de presentarnos la figura de María, la sitúan igualmente entre los pobres en las diferentes etapas de su vida. Ella es:

- madre soltera cuando dice “sí” al ángel y concibe Jesús,
- refugiada política, cuando junto con su familia huye a Egipto donde no hablan su lengua y no tienen la posibilidad de tener recursos de las personas que pertenecen a su pueblo,
- viuda sin el sostén de un marido ni de un hijo en una sociedad patriarcal,
- madre de un criminal condenado y acusado de herejía que sufrirá la estigmatización relacionada con estas acusaciones.

Se puede describir a María de diferentes maneras como viviendo “entre los pobres”, sufre la ausencia de dignidad debido a estas situaciones difíciles; el lugar donde se la puede identificar mejor es al pie de la cruz. Nunca había sido tan pobre como cuando le quitaron a su hijo. Conoce la suerte de los pobres que sufren la violencia de una autoridad abusiva.

Nos preguntamos hasta que punto Jesús aprendió de ella en este sentido. En su ministerio, con frecuencia Jesús muestra una simpatía especial por los pobres. Podemos, por ejemplo, señalar cuántas veces está atento a las necesidades de las viudas. Recordemos las experiencias vividas en el relato del óbolo de la viuda, de la viuda que tiene hemorragias, de la viuda de Nain que lleva a enterrar a su hijo, o la manera cómo habla sobre el modo que tenían los poderosos de entender los derechos de las viudas. Recordemos cómo cuenta el relato de la viuda que insiste en obtener justicia para ella misma. Seguramente que Jesús tenía simpatía por la viudas y puede que esto procediera de la experiencia que tenía de su madre. Vemos así cómo podemos situar a María “entre los pobres” y permitirle enseñarnos la experiencia de los pobres.

Si volvemos a los lugares de las apariciones de María, podemos ver que se aparece a los pobres como a la humilde Catalina Labouré aquí en la calle del Bac, a la pobre Bernadita Soubirous en Lourdes, al pobre campesino Juan Diego en Guadalupe, a los pastorcitos de Fátima, y en otros muchos encuentros. María parece encontrarse a gusto entre los pobres y les permite, con frecuencia, ser sus mensajeros. Se encuentra a gusto entre ellos.

Podemos aprender mucho de ella para estar a gusto entre los pobres y permitirles ser nuestros “señores” porque son los preferidos de Dios. Viviendo con ellos, aprendemos a conocerles y a amarles.

3. El amor mutuo

Vicente y Luisa expresaron con fuerza la llamada a amarse mutuamente:

“El alejamiento del cuerpo no impide la presencia del espíritu entre las personas a las que el Señor ha unido con el lazo de su santo amor que es cada vez más fuerte a medida que va creciendo en nosotros” (LM, C. 692 [L. 628 bis] A mi querida Sor Carcireux, 15 de septiembre de 1659 pp.624-625)

Considerar la comunidad como una familia forma parte de nuestra herencia cristiana. Cuando le dicen a Jesús que su madre y sus hermanos han llegado, responde que su madre y sus hermanos son los que, reunidos junto a él, escuchan la Palabra de Dios y la guardan (Mt 12, 46-50; cf. Lc 8, 19-21). El vínculo estrecho entre los miembros de una familia, definido por un amor mutuo y un deseo de vivir juntos apoyándose mutuamente, ofrece el ideal de la vida comunitaria.

Cuando contemplamos a María, vemos que nos lo expresa de modo sencillo.

El tiempo pasado con su prima Isabel y Zacarías podemos imaginarlo fácilmente como un tiempo de compañía y de servicio. La casa de Nazaret con Jesús y José debe haber sido un lugar de amor profundo y de intimidad familiar.

En Cana, las bodas nos dan una idea de la comunidad y de la responsabilidad de una familia extensa.

Al pie de la cruz, Jesús confía su madre a su discípulo y, a través suyo, a los demás discípulos:

“Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 26-27)

Estas dos palabras “Madre” e “hijo” expresan el amor que debe caracterizar a una comunidad cristiana y por lo tanto a nuestras comunidades.

En Pentecostés, la presencia de María con los discípulos en el cenáculo, la sitúa en medio de esta comunidad cristiana que, para ella, será una familia. Podemos imaginar de qué modo presentaban a María a los nuevos miembros de la comunidad, murmurando: “Es la madre de Jesús”. Con qué admiración se acercaban a ella para preguntarle sobre Jesús, del que solo ella conocía su misterio. Podemos imaginar hasta qué punto la amaba la comunidad y cómo les amaba ella, deseando ayudarles a amarse mutuamente.

Pues bien, María tiene algo que decirnos sobre este amor mutuo, ella nos ayuda a pensar los unos en los otros como “hermanos” al estilo de una verdadera familia. Es esto mucho más que un título, una descripción profunda de nuestros lazos y de la preocupación que debemos tener los unos de los otros, una descripción que va más allá de los orígenes nacionales o culturales y alcanza nuestro ser de siervas de los pobres. María es la madre de todos, “nuestra única madre” y nosotros somos todos hermanos

Tengo la suerte de pertenecer a una gran familia: tengo dos hermanas y cuatro hermanos; una es mayor que yo, los demás son más jóvenes. Cuando yo tenía 10 años, con frecuencia mi madre nos recomendaba:

- Escuchad a vuestra hermana mayor ;
- Cuidad de vuestra hermana pequeña ; cogedla de la mano cuando atraveséis la calle ;
- Comparte con tu hermano, hay bastante para los dos

-
- Deja a tu hermana que juegue contigo; no lo romperá
 - Y por lo general venía seguido de: la debes perdonar, es tu hermana
 - Ayuda a tu hermano a hacer sus deberes
 - Voy a dejaros a los dos juntos: ¡que no haya peleas!

Ustedes saben lo que estas frases significan en una familia en la que se quieren. Saben cuál es el tipo de consejos que María nos da con los ajustes apropiados, en función de la edad y de la lengua. ¿o puede que nos diga las mismas cosas? Pueden oírla decir:

- Escuchad a vuestra hermana mayor ;
- Cuidad de vuestra hermana pequeña ; cogedla de la mano cuando atraveséis la calle ;
- Comparte con tu hermano, hay bastante para los dos
- Deja a tu hermana que juegue contigo; no lo romperá
- Y por lo general venía seguido de: la debes perdonar, es tu hermana
- Ayuda a tu hermano a hacer sus deberes
- Voy a dejaros a los dos juntos: ¡que no haya peleas!

Para ser honrado, he escrito estas afirmaciones pensando en mi familia cuando yo tenía menos de 10 años, pero parecen ser buenos consejos siempre, ¡sobre todo si nos los dirige la Bienaventurada Virgen María!

Cuando reflexionamos en lo que esto significa concretamente, no estamos abrumados, sino al contrario, estamos de buen humor con la idea de ser un apoyo muy grande y fiable para los demás, para las hermanas que amamos.

4. LA HUMILDAD

San Vicente nos recuerda que una Hija de la Caridad debe ser humilde a ejemplo de Jesús “*manso y humilde de corazón*” (Mt 11, 29) En una meditación, Luisa exalta a María porque honra “*la gran humildad que constantemente te ponía ante la vista todo lo que Dios hacia en ti y lo que tú eras en El*” (LM, E. 5 (A. 4) *Oblación a la Virgen. pp.669-670*). Podemos imaginar numerosas circunstancias en las que podemos discernir la humildad de María.

1- En la Anunciación, invitada a ser la madre de Jesús por el poder del Espíritu Santo, María actúa como sierva humilde y obediente, aceptando todo lo que Dios le pedirá.

2- En la Visitación, en casa de Isabel, María expresa su actitud de humildad a través de las palabras de su Magnificat

*“Proclama mi alma la grandeza del Señor
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador
porque ha mirado la humillación de su esclava,
desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mi,
su nombre es Santo” (Lc 1 46-49)*

Alaba las maravillas de Dios, celebra al mismo tiempo su propia modestia y las maravillas que Dios realizará en ella. Es Dios quien actúa en su vida y no pretende ninguna reivindicación por todas las

maravillas que se derivan de ella: Dios la bendice. Su actitud entregada y su agradecimiento a los dones de Dios son para nosotros un maravilloso modelo de humildad.

3- Su capacidad para meditar en su corazón todos los acontecimientos. La humildad de María se observa igualmente en su reconocimiento de no conocer todas las respuestas a las preguntas. Cuando surgen situaciones que se encuentran más allá de sus capacidades de comprensión, en vez de sentirse agobiada, la Escritura dice que *“ella meditaba todas estas cosas en su corazón”*. Gracias a su humildad, deja a Dios ser Dios y acepta cooperar en su obra, aun sin entender todo.

Así, “la humilde sierva” nos enseña a ser cada vez más humildes.

“... por la gran humildad que le ponía siempre ante la vista lo que Dios hacía en ella” (LM, E. 6 [A. 32] pp.670-671)

María nos da estas lecciones de humildad, incluso sin saber que nos la está enseñando. Cuando reflexionamos sobre su vida, su humildad es manifiesta y sincera. No nos queda más que imitarla. Puede que oigamos a Jesús decirnos: *“Aprended de mi madre, también ella es mansa y humilde de corazón”*.

5. LA SENCILLEZ

En su libro *“Un camino hacia los pobres”*, el Padre Maloney describe lo que para los vicencianos es la virtud de la sencillez. Pone de relieve la estima profunda de Vicente por esta virtud “que más aprecio” (Coste I, p. 309) y la describe con las mismas palabras de Vicente, como el hecho de “decir la verdad”. Luisa igualmente afirma la importancia de esta virtud para una Hija de la Caridad.

“La seguridad que tengo de su amor y firmeza por su vocación, hace que le diga con toda franqueza cuanto se me ocurre, y que dé todos los avisos que creo debo dar y que preveo han de ser provechosos a aquellas de las que pienso quiere Dios servirse para hacer subsistir a la Compañía en el espíritu de sencillez y humildad de Jesucristo. Si no la conociera a usted bien y no estuviera segura de que recibe con agrado lo que le digo, me guardaría mucho de comportarme así con usted.” (LM, C. 713 -L. 647 bis “A mi querida Sor Carcireux”, el 30 de diciembre 1656 pp.713-714)

María es también nuestra “maestra” sin tener intención de serlo. La sencillez brota de lo más íntimo de su ser como tantas otras virtudes. Veamos tres situaciones en las que muy especialmente se expresa la sencillez de María:

1- En la Anunciación, María pregunta con sencillez para entender bien lo que Dios le pide: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34). Su pregunta no es el preludio, disfrazado, de una negativa, sino un apresuramiento para darse más plenamente, buscando la claridad sobre la situación.

2- Cuando Jesús es encontrado en el Templo, María le habla sin rodeos y con claridad :

“Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: “ Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando” (Lc 2, 48)

Con sencillez, María expresa su pena y su inquietud. Jesús está en el comienzo de su vida de adulto y María le habla como a su hijo, “Hijo mío”. No le esconde su inquietud ni su perplejidad. Dice lo que tiene en su corazón, con una gran apertura, espera una respuesta parecida de parte de Jesús, y la recibe.

3- En las Bodas de Caná (Jn 2, 12). María interviene en dos ocasiones. Enuncia los hechos a Jesús sin adornarlos: “*No tienen vino*”. Podemos imaginar que sus miradas se cruzan y que Jesús comprende que ella espera algo, pero no quiere reducir su libertad. Enseguida toma de nuevo la palabra, pero esta vez dirigiéndose a los criados: “*Haced todo lo que Él os diga*”. En la versión inglesa, dice sólo nueve palabras (también hay nueve palabras en el texto griego), por lo tanto difícilmente puede darles instrucciones detalladas, pero, en pocas palabras transmite todo lo que debe decirse, les da un consejo inestimable

Este mismo consejo nos lo da a nosotros. Cuando tenemos que decir algo a Dios, digámoslo sencillamente. No busquemos detallar de qué modo debe actuar en nuestra vida o en determinadas circunstancias. Digamos sencillamente lo que ocurre y estemos abiertas al modo que elige para responder. Y cuando percibimos la dirección de la respuesta de Dios, cualquiera que sea la manera cómo El se da a conocer, hagamos todo lo que Dios nos pide que hagamos.

Este consejo parece sencillo y fácil, pero tal vez no sea tan fácil seguir teniendo en cuenta nuestro deseo de conservar nuestra independencia. Puede que no sea tan sencillo llevar a cabo cuando pensamos que Dios no comprende. Las afirmaciones de María en este relato de las Bodas expresan una gran sencillez.

*Las primeras palabras que dirige a Jesús: “*No tienen vino*” dicen todo lo que El necesita saber. El ejemplo de María nos sugiere que es preferible dirigirnos a Dios hablándole sencillamente, sin florituras. Con frecuencia nos preguntamos cómo puede tener nuestra oración este carácter tan directo y tan claro. Dios no necesita consejo sobre cómo debe actuar. Ante Dios, podemos describir la naturaleza de nuestras necesidades y las de la gente, pero no debemos indicarle cómo debe respondernos, sino exponerle con sencillez la situación.

*La segunda afirmación que María pronuncia tiene en cuenta lo que está por resolver en esta situación. Si Dios no necesita nuestra ayuda para determinar cómo va a actuar, debemos obedecer sus instrucciones. María dice sencillamente: “*Haced todo lo que El os diga*”. Cuando discernimos la voluntad de Dios -que se expresa de maneras muy diferentes- nuestra responsabilidad consiste sencillamente en obedecer. No necesitamos explicaciones complicadas, ni justificaciones sobre las razones por las que Dios ha elegido actuar de una manera particular. Necesitamos sabiduría y fuerza para hacer lo que nos pide.

La sencillez es manifiestamente una de las virtudes de María por la que puede ser una maravillosa maestra de vida espiritual.

CONCLUSION

Vicente y Luisa nos enseñan que necesitamos conocer y vivir el espíritu de la Compañía. Reconocen en María una excelente maestra de estas virtudes. Como ella ayudó al niño Jesús a crecer en “sabiduría y en edad”, puede también ayudarnos a nosotros. Podemos discernir en su vida y en su espiritualidad el amor de Dios y de los pobres, la caridad unida a la humildad y a la sencillez. Nuestro amor a María es una ayuda para trabajar cada día en la adquisición de estas virtudes. María, “única Madre de la Compañía” nos acompaña en el camino de nuestra vocación.

Padre Patrick GRIFFIN, cm
Director general

Testimonio de las Hermanas

Provincia del Japón

Después del tsunami

Introducción

El pasado año, el 11 de marzo de 2011, un gran terremoto y un tsunami azotó inesperadamente la región del Tohoku, al Noroeste de Japón, en una extensión de 500 km a lo largo del litoral; además hubo un accidente en los reactores nucleares, que causó una catástrofe como nunca antes se había conocido.

Dos meses más tarde, acudí a la zona más afectada por esta catástrofe, guiada por el Presidente de la sociedad de San Vicente de Paul de Sendai y, aun estoy impresionada ante tal escena de destrucción. Me quedé sin palabras. En los gimnasios transformados en centros para refugiados, las víctimas permanecían silenciosas, se palpaba una atmósfera pesada, de malestar. Sin embargo, de todas las partes del mundo acudieron grupos de ayuda, formados por personas de buena voluntad para evacuar todos los escombros y todo el barro; llevar comidas calientes, medios de transporte y otros, y tanto los voluntarios como los que recibían su ayuda estaban emocionados y lloraban.

Entonces, empezamos a colaborar con un grupo de una Asociación de Médicos católicos, luego con dos Centros de ayuda creados por las diócesis.

Relato de una de nuestras Hermanas que ofreció su servicio como voluntaria

El primer día, me encontraba en la entrada del gimnasio transformado en centro para refugiados; no conocía a nadie, no sabía qué hacer ni por dónde empezar para entablar relación con ellos. Muchas personas estaban sentadas o caminaban sin rumbo, sin expresión en el rostro y sin decir una palabra. Entonces, me fijé que una persona extranjera estaba ahí como un fantasma, a 10 metros de mí y mirándome fijamente. Cuando, silenciosamente, me acerqué a ella y la saludé con una ligera inclinación, me preguntó: “¿Es usted una Hermana?”, cuando le respondí: “Sí, soy una Hermana”, rompió a llorar. “Soy chilena. El tsunami se lo ha llevado todo. Sólo ha sobrevivido mi hijo de 12 años... En Chile había muchas Hermanas. ¡Es la primera vez que me encuentro a una aquí, en Japón! Cuánto me alegra...”, me dijo, y continuó llorando. Así, comenzó mi relación con las víctimas de la catástrofe. Para mí, fue un signo de Dios. Lo mejor que me pudo pasar fue encontrar a Sandra de Chile. Ninguna de las dos olvidaremos nunca ese día. Durante ese día, buscamos a un sacerdote y al día siguiente, vino amablemente con hostias consagradas y un donativo de 1000\$. Después de haber encendido una vela en un rincón del gimnasio, oramos intensamente y recibimos la comunión.

Progresivamente, al ver nuestras cofias, todo el mundo comenzó a llamarnos: “*Hermana, Hermana*” y relataban todo tipo de sucesos trágicos.

Una anciana nos contó que ese día acababa de retirar del banco 375 000\$. Y mientras regresaba a su casa llegó el tsunami, comenzó a correr dejando el dinero sobre la mesa. Desde entonces su marido no cesa de recriminarla por la pérdida de ese dinero; sin embargo, si ella se hubiera vuelto a buscarlo, seguro que habría perdido la vida. Finalmente, el marido ha llegado a comprender que la vida de su mujer era mucho más importante que el dinero perdido.

Otra anciana de 80 años contaba que todas las noches tenía la misma pesadilla: un mar de petróleo en llamas la alcanzaba y ella corría en todos los sentidos para escapar del mismo. Me confió que al poder compartir sus miedos comenzaba, por fin, a tener un sueño más sosegado.

Un niño de 12 años intentaba hacer el payaso para conseguir que su madre, a la que veía desesperada, sonriera. No comprendiendo la actitud de su hijo, la madre lo reprendía. El niño le respondió: “Mamá, yo solo quería verte sonreír...”. Al oír esto, la madre rompió a llorar diciendo: “No lloraré más. Seré fuerte. Llorar no sirve para nada. Estudiaré para ser sanitaria”. Desde entonces, trabaja en un almacén como vendedora y en sus ratos libres estudia para llegar a ser enfermera.

Conclusión

Ante una prueba así, los japoneses han visto crecer su fuerza. Los residentes comienzan a pensar en la restauración de sus casas, compartiendo sus ideas sobre lo que podrían hacer. Estoy admirada por la creatividad de los numerosos grupos de apoyo que se reunieron para trabajar juntos, su solidaridad es visible.

Aunque este terremoto haya sido un acontecimiento realmente terrible, hemos comprendido que “la felicidad de una persona no depende del dinero ni de los objetos que poseen, sino que lo verdaderamente importante son las relaciones humanas”. Ahora las palabras “estar en relación” se han convertido en nuestro eslogan.

Aprovecho esta ocasión para expresar nuestro sincero agradecimiento a todas las Hermanas, a todas las Provincias... y a la Compañía, por tantas oraciones y por el impresionante apoyo recibido y que continuamos recibiendo. Podemos decir que estas experiencias nos han permitido darnos cuenta de lo que es nuestro sentimiento de pertenencia.

Sor Janet NUNONGAMI
Hija de la Caridad

Testimonio de las Hermanas

Provincia de Pamplona

Año jubilar mariano en Peralta

Introducción

La iniciativa de este año jubilar mariano procede de Monseñor Pérez González, Arzobispo de Pamplona. Su proposición se llevó a efecto cuando el 7 de octubre de 2011 el Papa Benedicto XVI, permitió que en Peralta fuese declarado el año 2012 un “Año mariano”, con motivo de conmemorarse los 100 años de la talla de la Virgen Milagrosa, realizada en los talleres de Valencia en 1912 por encargo de la familia Moulet-Berenguer para la Comunidad de las Hijas de la Caridad de Peralta.

Un año jubilar es una invitación dirigida a los cristianos para revitalizar su fe en Cristo. A cuantos desean reconciliarse con Dios, la Iglesia concede la indulgencia plenaria.

Celebración de apertura del « año mariano »

El domingo 15 de enero de 2012, en la iglesia San Miguel de Peralta, Monseñor Pérez Gonzalez inauguró este año jubilar en presencia de numerosos sacerdotes, religiosos de la diócesis, del Padre Director y de la Visitadora de la Provincia, así como de numerosas Hijas de la Caridad llegadas de Pamplona, Muruzabal, Ororbía, Viana, Olite, Falces, Tudela, Zaragoza y por supuesto las Hermanas de la comunidad de Peralta.

El Arzobispo en su homilía afirmó: *“Este Año Jubilar puede contribuir a acercar a los fieles más a Dios, en el pórtico del Año de la Fe. La crisis que estamos padeciendo no solo es material, es también consecuencia del intento sistemático de apartar a Dios de todas las estructuras de la sociedad. Las consecuencias son las que vemos: la pérdida de numerosos valores”*.

Durante la celebración, el coro parroquial “Virgen de Nieva” de Peralta interpretó diversos cantos populares, clásicos, marianos y gregorianos

Al finalizar la ceremonia, la Visitadora, dirigió unas palabras a la Asamblea haciéndose eco del acontecimiento y animando a fortalecer su fe y a extenderla sin imposiciones, sino con el testimonio. El párroco de la localidad agradeció al Sr. Arzobispo el haber animado a celebrar este Año Jubilar. Agradeció también su presencia a las Hijas de la Caridad y a todos los presentes.

Con la Cruz Jubilar presidiendo la salida procesional, en cuyo anverso y reverso se encuentran los anagramas de Jesucristo y de la Compañía de las Hijas de la Caridad, finalizaba esta ceremonia, mientras que el grupo “*los Auroros del Santo Cristo*” del pueblo interpretaban un canto a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

Durante este año jubilar

Las parroquias, los movimientos, las congregaciones, los grupos, las asociaciones, los colegios y los fieles en general fueron invitados a peregrinar al citado santuario mariano para participar en alguna de las misas jubilaes, recibir el Sacramento de la Reconciliación y ganar la indulgencia plenaria.

Las Hermanas de Peralta